11 Han ingresado en Saint-Denis.

28 Han vuelto á vivir con sus maridos que las habían abandonado.

428 Han fallecido.

Si se quiere elevar la investigación hasta el límite y saber cómo han muerto estas cuatrocientas veintiocho mujeres, encontraremos que:

48 Han fallecido en sus casas á consecuencia de enfermedades.

108 En la enfermería de la prisión.

264 En los diferentes hospitales de París.

2 Han sido asesinadas.

4 Se han ahogado.

2 Se han ahorcado. (1)

(1) Las transcritas estadísticas están tomadas del célebre Parent-Duchatelet.

LORETAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LORETAS

Cuando el gran duque Fernando volvió, en 1814 á Florencia, de donde había estado desterrado diez años, y vió las mejoras que habíamos hecho en la capital del Arno, exclamó lleno de admiración:

—¡Qué lástima que esos diablos de franceses no hayan estado diez años más en mi capital!

En efecto, en menos de diez años, Florencia había sufrido una transformación completa.

Lo mismo ha ocurrido en París en estos últimos veinte años: un parisien que volvie-

ra hoy á la capital de Francia después de una larga ausencia, no reconocería su ciudad natal.

Entre los barrios que se han construido, hay uno que parece levantado al mágico impulso de la varita de un hada.

Es el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Verdad es que la forma de los edificios contribuye á aumentar el fantástico efecto. Como para responder al desafío de Víctor Hugo, los arquitectos han trabajado con entusiasmo y gusto, construyendo casas de todos los estilos, italianas, españolas, griegas.

Parecía como que se había entablado un pugilato de constructores y las casas se elevaban como si brotaran de la tierra, como las decoraciones de la Opera que las miraba sorprendida de que la aventajaran en velocidad.

Este barrio improvisado se pobló con maravillosa rapidez, y no por aristócratas y acaudalados propietarios, como habían creído los constructores, sino por artistas literatos, pintores, escultores, cantantes, actores, bai-

larines, y especialmente por una nueva raza que brotaba en la población parisien y que estuvo mucho tiempo sin nombre.

Esta raza pertenecía por completo al sexo femenino; se componía de muchachitas muy aseadas, elegantes, coquetas, que no se podían clasificar dentro de ninguno de los géneros conocidos: no era ni el género buscona, ni el género griseta, ni el género cortesana.

Mucho menos aún era el género burguesa.

Y todavía menos el género mujer honrada.

En una palabra, estas lindas muchachas, verdaderos diablillos, merodeaban ya hacía tres años por las cercanías de la mundana iglesia que se acababa de construir y que tenía más de gabinete coquetón de Nuestro Señor que de severo templo de Dios.

Tres años hacía que revoloteaban y ningún sabio había acertado á clasificarlas acertadamente.

Durante un poco tiempo, dos ó tres meses, lo que dura una moda, se las llama las Cleopatras; sólo porque una de estas muchachas, abandonada por su amante se suicidó, enve-

nándose de modo muy parecido al de la liviana y hermosa reina de Egipto. (1)

(1) El amante de la suicida parisién era un gran señor que, como Antonio, el amante de Cleopatra, lo arriesgó todo por dedicarse al amor de una mujer. Esto fué causa de que el suicidio de la *cleopatra* causara gran impresión.

Todos saben como Antonio abandonó el imperio del mundo por seguir á Cleopatra, justificando una máxima que dos mil años después habia de escribir un autor dramático: «Las mujeres han nacido para inspirar á los hombres las grandes acciones, é impedirles que las realicen,» y feliz el hombre (ahora hablo por mi cuenta), que no tropieza con una mujer que le obliga á realizar malas acciones.

Los dos amantes, es decir Cleopatra y Antonio debian morir, buscando la muerte más dulce posible.

Ensayan en los esclavos todos los venenos minerales y vegetales conocidos; los esclavos mueren retorciéndose en largas y crueles agonías. Temiendo esta muerte ensayan las picaduras de las serpientes del Delta. Uno de estos reptiles es conocido por la rapidez con que emposzoña y mata. En la actualidad se le conoce con el nombre de víbora de las Pirámides. En tiempo de Cleopatra se llamaba áspiz.

Es la más pequeña de las serpientes egipcias, puesto que su longitud nunca excede de un codo, tiene la cabeza aplanada, el cuerpo adelgaza visiblemente en el cuello y más notablemente en la cola; vive en la arena de la que tiene el color.

Dos esclavos, una mujer y un hombre fueron picados por un reptil de esta especie; los dos dejaron escapar un ligero grito, cerraron los ojos y cayeron en un pronunciado aletargamiento, del que insensiblemente pasaron á la muerte.

—¡Este será mi último amor!—murmuró Cleopatra mirando al áspiz.

Cuando creyó que debia morir se encerró en la tumba que se habia hecho construir de antemano, hizo que un aldeano la llevase un cesto de higos, entre los que estaba oculto el áspiz. Vaciló un momento y dejó el cesto en el suelo, no atreviéndose á tocarlo; se hizo arreglar los cabellos, sobre los que se colocó la corona. Después de mirarse en un espejo de acero, segura de que estaba suficientemente hermosa para morir, se colocó el cesto sobre las rodillas, lo destapó y vió la cabeza negra del repugnante reptil.

Tomó Cleopatra una aguja de oro de la cabeza de su sirviente Ira, y con ella sacó la víbora de entre los higos.

El reptil dió un pequeño silbido, se enroscó y se lanzó sobre el brazo de la reina, que mordió ansiosa.

La muerte fué poco dolorosa y casi instantánea.

Pronto se vió que el nombre con que se había bautizado á aquellas mujeres no estaba justificado, pues si una había puesto trágicamente fin á sus días, las demás parecían bien dispuestas á vivir lo más alegremente que les fuera posible.

Mas llegó un día en que uno de nuestros hombres de ingenio, uno de nuestros elegantes, uno de nuestros literatos, habituado á estudiar bajo todos los aspectos los asuntos que preocupan á la sociedad, M. Nestov Roqueplán, hizo lo que no habían podido hacer los naturalistas, los académicos y los filósofos, y en el número de las *Nouvelles à la main* del 20 de Enero de 1841, reconoció que era un género absolutamente nuevo, una variedad de la especie mujer, un producto de la civilización moderna que, no teniendo ningún precedente en las sociedades anteriores, debía ser colocada en una de las divisiones de la sociedad parisién con el nombre de *loretas*.

El nombre era bonito, y esto ya es mucho en Francia; tenía además el mérito de pintar perfectamente el objeto que representaba.

El nombre fué aceptado sin vacilación.

Pero lo que más contribuyó á que el nombre tomara carta de naturaleza, fué la importancia que las mujeres de que hablamos adquirieron en poco tiempo.

Nada se populariza tanto como el mal. ¿Hay algún hombre por ignorante que sea, que no sepa lo que es la peste y quiénes fueron Tiberio y Nerón?

En efecto, artistas y financieros, burguesía improvisada y aristócratas arruinados, hijos de familia, el hijo del banquero y el del príncipe, todos amaron á la loreta.

De todas partes salía un concierto de lamentos y de recriminaciones, quejas de padres, quejas de tíos, quejas de madres; recriminaciones de jóvenes á quienes se había quitado su prometido, de esposas á quienes se había privado del marido, de queridas á quienes se había quitado el amante.

La loreta que había sido hasta entonces un objeto de curiosidad, se encontró en objeto de odio.

Desde entonces se estudió á la loreta bajo sus aspectos sociales, políticos é intelectuales, se quiso conocerla para combatirla, estudiarla para defenderse.

La loreta es una mujer bien educada, y en ocasiones muy instruída; pero el distintivo principal de esta raza es el ingenio. Raro es es el día que no sirve de pasto á la conversación intencionada de los círculos, la agudeza de una de estas mujeres, agudeza que, como es lógico, perjudica casi siempre á un segundo, en general, al amante de la loreta.

Si quisiéramos anotar los nombres de las loretas que han entretenido á París con sus travesuras, tendríamos que llenar varias páginas de lindos nombres y de sonoros apodos.

No hagamos mención especial de loretas traviesas, porque traviesas lo son todas, pero anotemos el nombre de una loreta erudita, de una loreta á quien sus condiciones de escritora de talento hizo olvidar, en parte, sus travesuras de pecadora.

Nuestros lectores habrán adivinado seguramente á María Delacroix, la célebre amante de un médico obscuro, cuyo nombre hubiera podido tal vez pasar ignorado si la posteridad no le hubiera cedido magnánimamente algo de la gloria conquistada por su querida.

De los primeros años de la vida de María no se tienen grandes noticias, pero sí las suficientes para saber que sus padres no la pudieron costear largos ni muy sólidos estudios. Pero tenía María talento natural, con el que suplía la falta de solidez de sus principios.

De medicina é historia no debía tener otros conocimientos que lo que en las conversaciones con su amante hubiese aprendido, y sin embargo, tuvo bastante para escribir su célebre libro *Sobre la virginidad*, obra que le valió un elogio, con dejos de epigrama es cierto, pero elogio sincero, del erudito Vandray, quien escribió después de haber leído el libro de la loreta:

«Admira verdaderamente que hable con tal conocimiento y tanto arte de la virginidad en la mujer, que es, sin disputa, la cosa que menos debe conocer una loreta.»

Un arranque, no sabemos si de despecho ó de envidia, del amante de María, que compró la edición para inutilizarla, hizo que este libro no se popularizara tan rápidamente como por su mérito merece.

La casualidad ha hecho que venga á parar

á nuestras manos uno de los rarísimos ejemplares que hoy existen.

Seguros de que nuestros lectores leerán con curiosidad los estudios médicos históricos de la *doctora*, como se llamó á María Delacroix, no hemos vacilado en copiar algunos fragmentos de la obra que ha inmortalizado el nombre de esta loreta:

«En la entrada del canal vulvo uterino, hay dos especies de columnas carnosas, formadas por una membrana mucosa, que se prolonga en forma de semi-segmento. A esta prolongación se le ha dado el nombre de *himen*, y desde tiempo inmemorial se ha considerado su existencia como signo indudable de virginidad corporal, ó lo que es lo mismo, de que la mujer no ha tenido ayuntamiento carnal.

Esta membrana ha dado lugar á animadas controversias, pues mientras unos negaban en absoluto su existencia y otros decían que era un signo distintivo de las hembras de la especie humana, ilustres anatómicos modernos, más observadores ó menos apasionados, han sostenido y probado la existencia del himen, no sólo en la mujer sino en otras

muchas hembras de diferentes especies del reino animal.

Hoy la existencia del himen es un hecho anatómico averiguado y auténtico, que sólo la ignorancia podrá atreverse á negar. En cuanto á las razones que hayan tenido para negarle anatómicos y autores de justa fama, creemos, con un célebre autor, que es difícil contestar á esto si no tiene valor la consideración de que muchos médicos repiten lo que otros han dicho, sin pararse á hacer observaciones y estudios propios, y que otros se preocupan según las ideas reinantes en su tiempo.

El himen, añade el autor cuyas palabras tomamos, se destruye por cien causas diferentes que no son la cópula, y esto habrá podido bastar para que se note esa diversidad en los publicistas.

«En cuanto á Buffon y muchos otros lo explicaríamos de otro modo. Buffon, sin duda, no vió cadáveres de niñas antes de que cualquier causa pudiese destruirles el himen. Buffon pagó, además, un tributo á la incredulidad, al escepticismo material de su tiempo. Los días de Buffon marchaban á la ne-

gación de todas las creencias; el materialismo filosófico que se iba apoderando de todo, alcanzó también á la moral, y entre las ilusiones de los hombres, propias del espiritualismo, propias de la fantasía, estaba la virginidad de las mujeres. Esta era también una creencia que el libertinaje tenía interés en destruir; porque poniéndola en ridículo, la virginidad de las mujeres, era menos apreciada y más fácilmente destruida. La pureza de costumbres que supone su aprecio, desaparece de un modo público, y es una especie de mérito reirse de semejante divinidad fabulosa como la llamaba Buffon. Los cuentos de Boccacio y de Lafontaine, las novelas de Voltaire y otros muchos que respiraban el espíritu de la famosa *Enciclopedia* no eran los únicos que revelaban el escepticismo general en materia de virginidad. La despreocupación también se encontraba en hombres graves: Rousseau y Buffon son de este número. Tocados por las ideas de su época, el uno rebaja el valor de la mujer virgen, diciendo que poco le importa que su querida haya gozado los placeres del amor con otro, mientras él la haga gozar más; y

el otro escribe que la virginidad es un ser fantástico ó cuando menos no sensible.

«Los hombres celosos de las primicias de todo género, han dado siempre gran importancia á todo lo que ellos han creído haber gozado los primeros: esta especie de locura ha hecho un ser real de la virginidad de las mujeres. La virginidad que no es sino un ser moral, una virtud que no tan sólo consiste en la pureza del corazón, se ha convertido en su objeto físico, por el cual se han preocupado los hombres, han establecido sobre él opiniones, usos, ceremonias, supersticiones y hasta juicios y castigos; se han autorizado los abusos más ilícitos, las costumbres más deshonestas; se han sometido al examen de matronas ignorantes, y expuesto á las miradas de médicos prevenidos, las partes más secretas de la naturaleza, sin pensar que semejante indecencia es un atentado contra la virginidad, que al intentar reconocerla es violarla, y que toda situación vergonzosa, todo estado impúdico, del cual tenga que ruborizarse una joven interiormente, es una verdadera desfloración.»

Después de este trozo, en parte exagerado, en parte justo, sigue Buffon empeñado en probar, apoyándose en el testimonio de gran número de anatómicos, que la virginidad física no existe. El respeto que hombre tan esclarecido nos merece, nos veda copiar sus palabras, hoy que está plenamente probado que se equivocó en esta materia.

El himen presenta formas muy variadas, de las cuales las más frecuentes son las siguientes:

1.° Una disposición labial de los bordes que forman un saliente vertical.

2.° Diafragmático irregular perforado en el tercio superior, gomenbrana diafragmática regular perforada en el centro.

3.° Diafragma incompleto perforado en el tercio posterior y el diafragma ligeramente perforado en el centro, cuyos bordes están reducidos á su simple repliegue circular.

Cualquiera que sea la forma del himen, es lo general que el borde libre esté más hacia adelante que el borde adherente. El borde libre es delgado y el adherente espeso.

Muchas veces el himen obtura completamente el orificio vulvo vaginal, lo que ha-

ce preciso una operación quirúrgica para pedir que evite la salida menstruo, caso que se ha repetido bastantes veces, haciendo creer que la mujer á quien esto ocurría estaba embarazada.

Tanier cita como caso raro (nosotros lo tenemos por rarísimo) el de ciertas mujeres que tienen dos membranas himeneales superpuestas.

Por el contrario en otras mujeres (este caso es mucho más frecuente) el himen está reducido á su menor expresión y se diría que falta.

El desgarramiento del himen va acompañado de ligera efusión de sangre; las partes en que queda dividido, al principio irregulares y ensangrentadas, se cicatrizan y se retraen hacia al orificio vaginal, y constituyen tubérculos de coloración semejante á la de las mucosas conocidas con el nombre de *carónculas myrtiformes*. Estas carónculas pueden ser dolorosas, inflamarse y supurar hasta el punto de necesitar la cauterización ó la excisión.

Los médicos se han visto frecuentemente en situación embarazosa para resolver si una

mujer que no presentaba membrana himen había sido desflorada.

Es evidente que el himen puede desgarrarse por distintas causas, además de la introducción violenta de la verga: enfermedades, golpes contundentes, cortes, ó por una caída en la cual las partes genitales sufran muy directamente. Pero es preciso un concurso de circunstancias muy particulares para que el golpe interese únicamente al himen en forma que su rotura puede ser confundida con la de la desfloración. No es posible admitir como lo han hecho algunos autores, que una caída que no lastima grandemente todas las partes genitales, un salto, la separación brusca de los muslos produzca el desgarramiento del himen.

No tiene mayor validez científica la afirmación de que el onanismo ejercido introduciéndose el dedo ó un cuerpo extraño en la vagina, pueda producir el desgarramiento del himen; no se puede admitir, salvo el caso de que se trate de una terrible nirfomana, que la masturbación sea ejercida con una violencia tal, y que la muchacha que se entregue á ella desprecie el dolor antivolup-

tuoso que le ocasionase estas brutales maniobras.

Lo más posible es que el desgarramiento sea ocasionado por la introducción violenta de los dedos de otra persona. En este caso el médico no acertaría á precisar si la rotura ha sido producida por tal maniobra ó por el coito.

La membrana himen puede presentar soluciones de continuidad ó desgarramiento completo á consecuencia de determinados procesos ulcerosos ó gangrenosos. En muchos casos estas lesiones han sido tomadas por algunos médicos por el resultado de un coito.

En general, el conjunto de las partes genitales tiene un aspecto diferente en las mujeres vírgenes y en las que han practicado el coíto con alguna frecuencia, y con más razón en las que ya han parido. Las vírgenes tienen ordinariamente los grandes labios tersos, muy unidos entre sí y generalmente éstos ocultan á la vista las ninfas de color blanquecino rosado en estas mujeres; la vagina es estrecha y los pliegues de las mucosas están bien marcados. Pero este es-

tado no es como ya se ha dicho constante ni característico; está subordinado á particularidades de conformación individual, al estado de nutrición del sujeto y sobre todo á la edad. En las mujeres vírgenes que han pasado de los treinta años se encuentran frecuentemente los grandes labios tersos, poco consistentes, separados y dejando al descubierto las otras partes de la vulva; los senos están también blandos y caídos.

Aunque no sea guía segura, el estado del himen es la prueba más cierta de la virginidad ó desfloración de una mujer. El orificio que presenta esta membrana es ordinariamente demasiado pequeño para dejar pasar la verga en erección y en general el primer coíto agranda este orificio y rasga la membrana.

No es siempre cosa fácil ni aun para los mismos médicos si no son de los muy habituados á esta clase de exámenes, examinar con precisión la membrana himen. En las niñas el himen parece estar colocado muy profundamente á causa de la excesiva salida de los grandes labios, que con las ninfas forman una especie de abultamiento en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cuyo fondo está la entrada de la vagina.

Cuando se trata de una mujer púber, el himen se puede observar con mayor facilidad, sino en muchos casos los bordes del orificio no pueden ser bien vistos sin la separación mecánica de las membranas con ayuda de la sonda ó del dedo, cuya introducción es ordinariamente fácil en razón de la amplitud relativa del orificio.

El espesor y resistencia del hímen es muy variable. Generalmente no excede de un milímetro. Su consistencia es unas veces bastante firme, al paso que otras es blando y elástico. En este último caso la membrana cede á la presión sin desgarrarse, y esto explica porqué no es raro encontrar mujeres con la membrana hímen entera á pesar de haber tenido contacto carnal con hombres.

Parent del Chatelet refiere el caso de dos señoritas de exterior decente y recatado, las cuales se quejaron ante el tribunal de haber sido injuriadas en público con el nombre de prostitutas. Ellas se decían vírgenes y pidieron ser reconocidas. Lo fueron. El facultati-

vo, hombre hábil y concienzudo, dijo que le era imposible afirmar por lo concerniente á la una, si había ó no cohabitado; que la otra podía ser, pero que no se atrevía á declararlo. Sin embargo, ambas mujeres habían estado inscritas largo tiempo en el registro de las mujeres públicas y contraido enfermedades.

Lo mismo afirma Jacquemin, quien tuvo ocasión de ver muchas prostitutas, cuyos órganos genitales ofrecían todas las apariencias de la virginidad. Jacquemín y Collineau presentaron varias veces á Parent du Chatelet, jóvenes perdidas, ocultándole sus antecedentes, y este escrupuloso profesor confiesa que se equivoca con frecuencia del modo más grosero. El mismo autor afirma haber examinado á una prostituta de cincuenta y un años entregada al libertinaje desde los quince, que tenía sus partes genitales como una virgen que acaba de salir de la pubertud. (1)

Muchos más ejemplos podríamos citar, con los que quedaría bien probado que no es el

(1) *De la prostitución en la ciudad de París.*